



.. dolor de costado y desparramamiento de las bilis...

CAPITULO IV

El Santo Oficio marcial

FUE tal el berrinche que acometió á Pancho Olivos al saber que tenía que alejarse de Oaxaca y del lado de su jefe, que cayó en cama presa de fiebre súbita: *dolor de costado y desparramamiento de las bilis*, diagnosticó el curandero que le examinó en un lugarejo de la sierra en que sus amigos se vieron obligados á dejarle. Dinero, armas, caballo y recomendaciones, nada le faltó al cuitado mientras duró recluso en aquel jacal de paja, en que de día no se escuchaba más que el ruido de la lluvia invernal y de noche los ronquidos de los habitantes de la choza, muertos de cansancio tras el duro trabajo de la jornada.

Pancho no consentía nada en el estómago; estaba más amarillo que un pan de cera, y se iba consumiendo al grado de no quedarle en el cuerpo una libra de carne.

¿Fué la serie inacabable de hierbajos de nombres indios, el transcurso del tiempo ó la fuerza de la juventud lo que en dos ó tres semanas puso en pie á Pancho Olivos? Piadosamente juzgando, debe suponerse que todo contribuyó á obtener aquel resultado; pero es el caso que á los quince días Pancho ya obtenía del ordinario que llevaba la correspondencia á los lugares inmediatos que le condujera á Puebla montado en un borriquín de mala muerte y so color de ser un comerciante que iba á comprar chácharas que vender en las ferias de los alrededores.

Pancho volvió, pues, á la angélica á mediados de Enero. Los dos años transcurridos, las enfermedades, las penas y ese aspecto reflexivo que suele dar la vida á los que la cursan antes del tiempo debido, habían impreso en el capitán una seriedad que le hacía aparecer de más edad que la verdadera. Además, un prematuro bigote y el cambio de la voz acentuaban la transformación del soldadillo que había llegado dispuesto á ejecutar tantas proezas en el recinto de Puebla la arrogante.

Sus primeros pasos (no hay para qué decirlo) fueron para sus amigos de Misieses, que seguían tan pobres y tan buenos como les había dejado Olivos.

— Pues no hay que decir palabra, dijo gravemente el francés luego que oyó referir la triste odisea del ayudante de Porfirio; tú eres un sujeto metido á buen vivir y nada

más. No hay para qué le pagues nada al pregonero porque anuncie tu llegada; puede la sociedad angelopolitana pasarse sin la presencia de persona tan conspicua; pero por si te descubren, asegura que estás indultado ó que piensas indultarte, pues de otra manera te granjeará muchos dolores de cabeza.

Pancho siguió al pie de la letra el consejo del francés: visitó á las Vacas, buscó á Sedeño en la catedral, conversó con Cordovita, se despepitó grandemente charlando con Gervasia, Eufrasia y Protasia y anduvo de la ceca á la meca resucitando amistades viejas y contrayendo otras nuevas. Pero con quien habló más largo y tendido fué con los Boldi, sus amigos de la víspera, pero gentes destinadas á quitarle todas sus murrias y todos sus malos ratos.

El marido, aquel del rostro amondongado y de los pies de loro en balcón, acababa de ser atacado de un francesismo de que entonces hicieron gala muchas gentes. Era algo semejante á aquel don Fadrique que pintó la musa retozona de Prieto, que en cualquier coyuntura exclamaba:

Ya vino el güerito,
Me alegre infinito.
Mi casa dichosa
Visita un francés.

La mujer se opacaba completamente al lado de su glorioso marido, pues no era alta ni baja, rubia ni peli-negra, chica ni grande. Era no más mujer.

Pancho Olivos, muchacho maleante y de buena sombra, había inventado y puesto en circulación muchísimos chistes acerca de sus nuevos amigos. El hombre había pasado el charco y visitado el imperio de Napoleón III, y sus juicios, sus opiniones y sus teorías eran el objeto constante del regocijo y de la chunga del oficial.

— Tarís, Tarís, cosa grande, repetía embobado el vejete como si fuera el estribillo de una canción.

— Pero ¿qué vió usted por allá? preguntaba el capitán.

— Vi á Natoleón, vi al tríncipe interial y vi á la Entetratriz, vivitos, vivitos, como le miro á usted.

— Haya cosa. ¿Y qué más vió usted?

— En Roma vi las catatumbas.

— Las catacumbas dirá usted.

— Catatumbas, hombre; he visto las tumbas.

— ¿Y vió usted á Nápoles?

— ¡Y el Vesubio!... ¡Cosa rica! exclamaba cloqueando, forma especial de la risa en él. ¡Oiga usted, continuaba, no sabía yo que Nátoles fuera tuerto de mar, tero debí habérmelo figurado tor su etimología!

— ¿Pues qué dice la etimología?

— Está claro: Nátoles, de nave.

— ¡Hola, hola! ¿con que todos los puertos llevan el nombre de nave en la etimología?

— De nave ó de cosa que indica asunto de mar.

— ¿Barcelona?

— Viene de barca.

— ¿Y Marsella?

— De mar.

— ¿Y Veracruz?



— Ese es nombre indio y naturalmente no se sujeta á las reglas.

— ¿Y de francés cómo andaba, señor Boldi?

— Bien, muy bien. Entendía todo. Sólo algunas cosas se me atoraban un toquillo, como lo de llamar á las legumbres *leguium*, ó no sé cómo, cuando tiene la talabra ta-

maño acento: está claro; *légumes* y muy *légumes*. En cambio, desde el camino comprendí lo que significaban los letreros del vapor: *Tour descente de premiere classe; tara los decentes de primera clase*, y como yo, aunque decente era de los de segunda, no me atreví bajar por una escalera que no me correpondía.

Reía Pancho á más y mejor, mientras la buena señora se limitaba á admirar á aquel prodigio que le había tocado en suerte.

Pero sus paliques eran ante todo con las chicas de Campardon, que estaban cada día más guapas y lindas. Nicole se convertía á más andar en una gigante blanca y rubia, que era el encanto y la desesperación de muchos oficiales franceses; Violette se poetizaba, se espigaba, se espiritaba más todos los días, como si estuviera fabricada con rayos de luna y trozos de alma en vías de solidificación.

Allí eran las bromas, los honestos favores, los cuentecitos y las risas de los muchachos, que no parecía sino que se habían caído del nido; tan inocente y sin malicia era su amistad.

— A Panchito sí le estimo, decía la tremenda Nicole besando al oficialillo á qué quieres boca, porque es bueno, serio y formal; no como esos indecentes franceses que tratan de pasar á mayores sin que nadie les autorice... A éste sí le quiero.

Se daban títulos de hermanos y no sé cuáles otros muy sentimentales y superfrolíticos, y se habían comprometido, Pancho, á revelar á las niñas quién le impresionaba de veras, y las Campardonas á contarle quién las había flechado y por qué, para que pudieran darse mutuamente consejos sanos y nobles advertencias que les sirvieran para evitar el fracaso. La casa del francés seguía llena de soldados de la guarnición, ora austriacos, ora franceses, ya mexicanos, ya turcos, de este ó de aquel regimiento, de esta ó de aquella provincia, discutiendo sobre las excelencias, primores y grandezas de su respectiva tierra, grupo ó institución y conformes sólo en su deseo de proclamar la gracia, la belleza y el chiste de las muchachas.

Pero si todos pasaban por aquella casa como las figuras de un gran espectáculo, no sucedía lo mismo con un francés que por bueno y simpático era la alegría y el encanto de los bonísimos Campardones, el viejo zuavo Récal, que en unión de Olivos era el consultor y el confidente en cuantas dificultades, lances y aventuras se ofrecían.

— Chicas, decía el doctor y maestro, abran bien el ojo y no se dejen embaucar, que detrás de cada uno de estos barbilindos hay un canalla más grande que el monte Pilatos. ¡Si conoceré yo á mi gente y si sabré quiénes son mis compañeros! Ese del chirlo en el rostro, que admira

á todos por la habilidad con que habla el español, sabe tan bien el idioma de la tierra porque lo aprendió al lado de la bella Juanita, la hija del posadero del Fortín, muchacha á quien se robó con promesa formal de matrimonio para abandonarla con ganancia á los nueve meses... Ese del quepis ladeado que te jura, Nicole, eterno é indestructible amor, trae consigo por sendas y vericuetos á una pobre muchacha jalapeña, á quien hizo creer en que podía casarse con ella... Y el teniente de cazadores, y el suboficial de artillería, y el empleado de la intendencia, y el músico mayor y todos tienen sus quebraderos de cabeza y no las quieren de amor. Mucho ojo, pues.

Con esas y otras cosas las chicas vivían como liebres asustadas, y apenas se les acercaba un galán y ya estaban pensando en todas las víctimas que habría hecho y en cuidarse de aumentar ellas el catálogo.

Pero no sólo de cosas amorosas, sino también de cosas de guerra se trataba en las campardonescas tertulias. Allí iba sabiendo el de Olivos las fases todas del sitio de Oaxaca, á contar de la inútil tentativa de apoderarse de la persona del mariscal Bazaine: las diarias escaramuzas, la traición introduciéndose como víbora flexible y ponzoñosa en el centro mismo de las fuerzas liberales, la diaria deserción de soldados y jefes, el hambre y la falta de tropas.

Un día llegaron los franceses hechos unas aleluyas.

— Cayó Oaxaca, la segunda Puebla. Ahora sí, ya no tendrán los mexicanos pretexto para encerrarse en plazas fuertes. Díaz en persona fué á la tienda del Mariscal á constituirse prisionero entregándole también la población. El primer momento fué curioso: Bazaine reprochó á Díaz la violación del compromiso de no tomar las armas, que había firmado en Puebla. Dicen que á aquella hora parecía formidable Bazaine: erizadas las cejas, furiosos los ojuelos parduscos, tonante la voz, el bigote levantándose á compás de las frases de ira ó de odio, como si cada uno de los pelos correspondiera á la expresión de algún sentimiento, afeó á Díaz que después de capitular en Puebla se hubiera fugado haciendo la resistencia que veíamos y que costaba al Tesoro francés como diez ó doce millones de francos. Parece que el defensor de Oaxaca siguió en sus trece, que el Mariscal continuó en sus catorce, y que cuando la disputa estaba más empeñada, Boyer, Napoleón Boyer, secretario de Bazaine, gerente de la tienda que en México se llama *Los precios de Francia* y que allá apellidan *Los precios de Bazaine*, y confidente de todos los chanchullos y las picardías del Mariscal, le presentó el registro de los prisioneros en que constaba, no sólo que Díaz no había pactado ningún compromiso, sino que había puesto de su mano que seguiría haciéndonos la guerra sin descanso.

— ¡Qué ceguera! dijo un zuavo vaciando la pipa y so-

plando cuidadosamente para que el tubo no quedara impregnado de nicotina.

Olivos tuvo todas las penas del mundo para refrenarse y preguntar con calma:

— Y ahora, ¿qué fin les espera á los prisioneros?

— Los prisioneros, respondió, vienen á Puebla con todas las consideraciones del mundo; pero sin poderse comunicar con nadie. Les trae el señor vizconde de Kélan, ayudante que ha sido de Su Majestad Napoleón Badinguet, que Dios confunda. Me escribe un compañero que el de Kélan pide permiso á Díaz para continuar la marcha, le pregunta si desea hacer alto en algún lugar, le proporciona toda clase de comodidades; pero nada más... No tardarán en presentarse aquí, y por cierto que no les faltará compañía.

En efecto, á mediados de Febrero llegaron los presos de Oaxaca, y el primer cuidado de Olivos fué visitar á su jefe y darle cuenta de su salida involuntaria, de su estancia en la ciudad y de su deseo de ayudarle en lo que tramara.

— En nada pienso por ahora; en nada pienso que no sea descansar un poco para ver lo que el tiempo encoge. Usted venga á verme seguido y mire cómo se las arregla viviendo de sus recursos.

En la tertulia supo el de Olivos que Díaz se había rehusado de nuevo á firmar el compromiso que le exigían

los franceses; pero lo que más había indignado á los mandones de la plaza era que Castellanos Sánchez, aquel licenciado bilioso y bulle bulle, no sólo se negara á términos de avenimiento, sino que insultara duramente á los franceses.

— Por ahora está incomunicado y sujeto á pan y agua; más tarde pudiera ser muy bien que le tronaran: es caso previsto en la ordenanza, declaró doctamente Récal.

Pero no todos habían tenido la entereza de Castellanos; algunos, y por cierto de los más calificados, habían pedido excusas y puesto su firma en los papeles tal y como los franceses les ordenaron.

— Gente cuerda, gente sensata, decía Campardon acariciándose simultáneamente la tripa y los pelos de la barba rojiza.

Pancho, á quien se dirigían aquellas cosas, callaba sin atreverse á gritar lo que le hervía en el pecho, pues abrigaba la seguridad de prestarle á su jefe los auxilios que podía haber menester, rescatando así su culpa involuntaria del abandono de Oaxaca. Y como para probarle Campardon le ponía frecuentemente estas banderillas de fuego, Olivos llegó á hacerse invulnerable y á soportar estoicamente los peores dicharachos y las más groseras imposturas.

— Tu Díaz, le contaba el turbantudo músico mayor

Etienne, es un infame que mata á las mujeres en cinta y que hace que los soldados paseen en las bayonetas á los niños no nacidos.



— Tu jefe, inventaba otro, va á firmar la semana entrante su compromiso de adhesión á nuestra causa.

Una vez que Récal llegó á eso del mediodía á la casa de Campardon, dijo á Pancho:

— Vaya hombre, mañana te pondrás satisfecho de conversación: estoy de guardia y puedes hablar larga-

mente con tu jefe y llevarle lo que quieras. Pero cuidado con tratar de fugas ni de tonterías: los señores austriacos no se descuidan y son capaces de fusilar al que haga ó intente lo más insignificante... ¡Y qué humor gastan tus paisanos, hombre! Yo no he visto gente más desunida que estos malditos *zarragozas*: á un tal Benítez y á otro que le dicen Ballesteros me les acomodaron en la celda de tu jefe; pues, ¿qué piensas? á los dos días ya se habían agarrado á los mojicones y fué menester cambiarles de celda. Con razón nada hacen ni nada consiguen... ¡Maldita gente!

Y salió balanceándose en sus pies calzados con grandes y claveteados zapatones, sacudiendo su pipa y cantando el viejo estribillo que recordaba la inmensa extensión del desierto arenoso y los aullidos de los chacales hambrientos:

Les zouaves ne sont que des chacals...

A buena hora estuvo Pancho en la prisión de Porfirio, y en un pan de dos libras que le llevó como regalo, introdujo con mucho disimulo un cincel y un formón que destinaba á lo que el caudillo quisiera intentar.

Pancho no comió ni durmió rondando el convento de Santa Catarina, que era el encierro del general. A media noche el viejo zuavo se fingió el encontradizo con su